

SOLEMNIDAD DE NUESTRA SEÑORA LA VIRGEN DE LA CARIDAD

Parroquia de La Caridad, La Habana, 8 de septiembre de 1994

Queridos hermanos y hermanas:

Una vez más, el amor de nuestra Madre de la Caridad nos convoca a los cubanos en este día en que el pueblo católico de Cuba venera de manera especial a la Virgen María que dio a luz al mundo a Jesucristo, el Hijo de Dios, Nuestro Señor.

Como un día los magos que venían del Oriente encontraron a Jesús en el portal de Belén, «con María su Madre y se postraron y lo adoraron», en María de la Caridad, los cubanos hallamos a Cristo. En su imagen pequeña y morena, Ella lo trae en brazos. También así encontraron a Jesús los discípulos que, por miedo o cobardía, no habían acudido a la cita dolorosa del Calvario y, al sentir estremecerse la tierra y ver cubrirse de nubes el horizonte, corrieron con retraso al sitio del suplicio, para ver la Cruz ya vacía, porque Jesús estaba, muerto de amor por nosotros, en los brazos de María su Madre.

En la entrada de Jesús en nuestra historia, al final de su camino redentor y siempre que evocamos su presencia, la Virgen María entra en escena, está en el entorno de Jesús o es portadora de Él.

Venir a Ella es encontrarnos con nuestro Salvador y comprender, postrados en adoración, cuánto ha amado Dios al mundo que le entregó a su Único Hijo.

En Jesucristo, el amor se puede constatar, se hace visible, así lo afirma San Juan, el único de los apóstoles que estuvo al pie de la Cruz: «nosotros hemos visto el amor y hemos creído en él».

Ese amor de entrega, que llega al sacrificio, al olvido de sí y al don de la vida por los demás, se llama *CARIDAD*. No es cualquier amor, no es un simple sentimiento de benevolencia, es el amor con que Cristo Jesús nos amó hasta el extremo de morir por nosotros.

No es, pues, gratuito el título con que honramos los cubanos a la Madre de Jesús. Ese título, como toda la vida de María, tiene que ver con el amor de aquel a quien Ella trae en sus brazos.

Con ese título, Dios quiso regalarle a todo nuestro pueblo, como patrona y protectora, a la Madre de su Hijo. «*Yo soy la Virgen de la Caridad*», se leía en la tabla sobre la cual flotaba en la bahía de Nipe, la imagen venerada hasta hoy por millones de cubanos en su altar de El Cobre.

Este título identifica también la misión de la Virgen María en relación con el pueblo de Cuba, que no es otra que la de llevarnos a todos a Cristo para que pongamos en práctica en nuestra vida personal, familiar y nacional el mandamiento nuevo y abarcador de su Hijo: «ámense unos a otros como yo los he amado».

¡Cómo deben resonar precisamente hoy, día 8 de septiembre de 1994, estas palabras en nuestros corazones!

¿Podemos, como cubanos, celebrar este año la fiesta de la Virgen de la Caridad sin sentir que, más que en ninguna otra ocasión, nuestra Madre del Cobre nos está convocando al amor?

Al amor entre nosotros cubanos, aunque pensemos distinto, al amor a la familia, necesitada como nunca de un asidero de fe y de esperanza para que no sucumba en la desesperación, al amor a la Patria en el momento difícil, en la hora crucial en que lo verdaderamente heroico está del lado del perdón, de la comprensión y de la misericordia, camino angosto y difícil como aquel que conduce al Reino de los cielos, pero el único por el que puede transitar un seguidor de Jesucristo. Camino al cual nos está llamando insistentemente en esta hora a todos los cubanos, sin excepción, nuestra Madre de la Caridad para que construyamos juntos, en espíritu de reconciliación y de Paz, esa Patria feliz que Dios quiere para todos.

¿Serán estas simplemente palabras hermosas? ¿Cómo podemos amarnos unos a otros si hay tanto rencor acumulado en muchos corazones, si nos cuesta tanto olvidar los mutuos agravios?

¿Cuál es en estos momentos el mejor modo de amar a la familia?, ¿permaneciendo juntos en los sufrimientos o rompiendo la unidad familiar en busca de nuevos horizontes? ¿Será acaso exponiéndonos nosotros mismos a la muerte o exponiendo tal vez a otros, pensando en un futuro mejor que nunca será en verdad mejor si no está reunida toda la familia? ¡Y qué larga y triste es en Cuba la historia de las familias divididas! Justamente ahora se abre un nuevo capítulo de separación familiar, si la muerte trágica no separa para siempre a los seres queridos.

¿Será un factor de poca importancia a la hora de tomar la drástica decisión de dejar su país, que se piense en la madre anciana, en los hijos pequeños, en el esposo o la esposa?

No desconozco la angustia que se esconde en sus corazones, queridos hijos, pero no se nos debe nublar la razón hasta el punto de añadir en estos momentos de crisis otros sufrimientos a los ya existentes.

Y el amor a la Patria, ¿podemos dispensarnos de él? Precisamente en estos instantes tan llenos de dolor, ¿cómo no acrecentar el amor a la Patria?, ¿cómo no hallar medios de quererla y servirla?

Preocupa lo que acontece a algunos cubanos, especialmente jóvenes, con relación a la Patria. Entre estos hallamos desentendimiento y desdén, otros muestran dureza o falta de identificación. Tenemos que reencontrar los grandes valores comunes que hagan posible un sincero amor a la Patria, sin que esto comporte una uniformidad de pensamiento o identidad de criterios.

El amor no se impone. La Patria tiene que ser amable para que nuestros niños, adolescentes y jóvenes sientan el deber de amarla. La Patria es como una buena madre: tolerante y firme, acogedora y exigente pero sobre todo comprensiva siempre.

Es responsabilidad nuestra, de todos los cubanos adultos o de cualquier edad y condición, hacer nuestra Patria amable. A esto estamos obligados los padres de familia, los maestros, quienes tienen responsabilidades de gobierno, sean civiles o militares, los obispos, sacerdotes, diáconos, religiosos y religiosas, los profesionales y los obreros, los estudiantes, las amas de casa y los agentes de orden público.

Sabemos que, cuando el adolescente escapa del hogar, es porque este no es acogedor: hay riñas frecuentes, rigidez o falta de sosiego. El consejo a los padres de familia es entonces que se acerquen a sus hijos y hablen con ellos. Que los oigan, aunque no compartan sus opiniones y que, por medio de la amistad, logren establecer los puentes necesarios de comunicación. Esto vale para la familia y para cualquier grupo humano de mayores dimensiones y complejidades.

En resumen, invocar hoy a la Santísima Virgen María de la Caridad es pedirle por cada uno de nosotros, para que la esperanza y la paz hallen sitio en nuestros corazones; es rogar por nuestras familias, por aquellas que se han roto por la falta de amor, por aquellas que están en peligro de romperse por la separación de sus miembros y también por aquellas familias que permanecen unidas, para que no desfallezcan en sus empeños por mantener y acrecentar los valores que las protegen de la mediocridad. Y ¡cómo no tener presentes de un modo especial a aquellos que han perdido sus vidas en el mar y a sus familiares...!

A través del quehacer de los cristianos y en la misión propia de la Iglesia en medio de nuestro pueblo tratamos de buscar todos los medios posibles para que triunfe el amor: el amor entre quienes vivimos en esta tierra y somos parte de un mismo pueblo, el amor en el seno de los hogares y el amor a Cuba, nuestra Patria.

Siempre es necesario que haya garantes del amor, el cual debe ser fomentado, apoyado y protegido. Dios es amor y Él lo infunde en nuestros corazones con la fuerza de su Espíritu Santo. La fe en Cristo garantiza siempre la primacía del amor por encima de odios y divisiones y la devoción a la Santísima Virgen de la Caridad, Nuestra Madre, debe ser el escudo que proteja a cada cubano de todo pensar o sentir que pueda alejarnos de ese amor de hermanos que debe reinar siempre entre nosotros.

A la Madre de Jesús, Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, que vela como lo sabe hacer una Madre, le suplicamos que no se apague ese amor; que nunca nos cansemos de trabajar por sembrarlo en los corazones de los cubanos, por cultivarlo y hacerlo crecer.

A Ella le confiamos nuestras familias, nuestra Patria, nuestras penas y nuestras esperanzas. Virgen de la Caridad, ruega por nosotros.